



MISSIO PROFESORES DE RELIGIÓN

Concatedral de San Nicolás, 21 de Septiembre de 2016

Queridos hermanos, celebramos la “missio canonica” para todos vosotros, profesores, en el día que la Iglesia celebra la fiesta de S. Mateo, apóstol y evangelista.

Me permito centrar la atención en el texto del Evangelio que acaba de ser proclamado. En él, el mismo S. Mateo nos cuenta su conversión empleando unos términos extremadamente sencillos. En base a él me atrevo a ofrecer básicamente dos reflexiones, partiendo de la Catequesis que Benedicto XVI ofreció en la Sala Pablo VI, el 30 de agosto de 2006, sobre la figura de S. Mateo.

En primer lugar es destacable en el texto cómo Jesús acoge en el grupo de sus más íntimos –los Doce- un hombre que, según la concepción dominante del Israel de su tiempo, era considerado un pecador público. Salta a la vista algo muy de recordar en este Año de la Misericordia: Jesús no excluye a nadie de su amistad. Es más ante el escándalo que produce que se siente en casa de Mateo, a cenar con “muchos publicanos y pecadores”, Él pronuncia las palabras siguientes: “No necesitan médico los sanos, sino los enfermos... Yo no he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores”.

En el corazón del anuncio del Evangelio está el ofrecimiento de la gracia de Dios, el ofrecimiento del perdón y la misericordia del Padre. Jesús es el rostro, la manifestación de la misericordia del Padre, y en este texto del Evangelio que hoy leemos no sólo hablan de esto las palabras de Jesús, que acabamos de subrayar, sino sus hechos, su comportamiento, su llamada y su acogida a quienes necesitamos de Él, el médico, que viene a curar, a sanar a los enfermos. A diferencia del Dios entendido como el discriminador por los judíos de estricta observancia, el Dios revelado en la palabra y la acción de Jesús es un Dios de misericordia, un Dios que acoge a los perdidos y les ofrece una nueva posibilidad de rehacerse. Estamos llamados a tomar conciencia, a vivir y a manifestar este mensaje central en el Evangelio de Jesucristo, -queridos profesores, maestros cristianos-, un mensaje de amor, de perdón, de esperanza, de vida y de misericordia.

Una segunda reflexión, que nace del Evangelio que hemos escuchado, es considerar como a la llamada de Jesús, Mateo responde al instante: “Él se levantó y lo siguió”.

Esto significa para él, el abandono del trabajo, de la ganancia segura, como era el mal visto oficio de recaudador de impuestos. Evidentemente S. Mateo entendió que la amistad con Jesús no casaba con perseverar en actividades desaprobadas por Dios. Algo fácilmente de intuir en su aplicación al presente: también hoy e inadmisibles estar apegado a cosas incompatibles con el seguimiento de Jesús, como es el caso de las ganancias deshonestas, injustas, corruptas de

cualquier manera. Recordemos el final del Evangelio del domingo pasado: “No podéis servir a Dios y al dinero”. Es precisamente lo que hizo Mateo: “Se levantó y lo siguió”. En ese “levantarse” es legítimo leer un salir, un dejar, un distanciarse de una actividad, de una situación de pecado, junto y a la vez de afirmarse en la adhesión a una existencia nueva, recta, en comunión con Jesús, siguiéndole, siendo su amigo.

Pidamos al Señor en la Eucaristía, algo en lo que me permito insistir a lo largo de estos años y que queda reflejado de modo destacado en el Plan de Pastoral para nuestra Diócesis en estos cursos. Es fundamental encontrarse –en algún momento y en serio- con Jesús en nuestra vida, oírle de verdad, sentirlo, se trata de ese paso previo a lo que después le ocurre a Mateo, que cambia y le sigue.

Es como nos dice el Papa Francisco en su gran documento EG, fuente inspiradora de nuestra pastoral diocesana: “La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría” (EG, 1). El encuentro con Jesús nos cambia, nos cura, nos inicia en una vida nueva.

Tengamos bien presente –y hablo a maestros, profesores, catequistas, sacerdotes, a mí mismo- que podemos ser gente que hablamos y hablamos de Dios, de su Misericordia, de su amor y nosotros no haber experimentado lo que hablamos, y nosotros no haberlo probado...que pena...que drama. Alguien, hace unos días me decía muy gráficamente esto mismo: “No por hablar mucho de vino, uno se emborracha”. Uno se emborracha de vino porque lo bebe. Igual con Dios. Uno se emborracha, se llena, de Dios, de verdad de su luz, no por hablar y hablar; uno goza de la fe, de su amor que es extraordinario, cuando bebe, prueba al Señor, se encuentra con Él y le abre su persona.

Que este curso que comienza, sea tiempo de encuentro con el Señor –cada uno de nosotros-, viviendo en la vida real la culminación del Año Jubilar de la Misericordia. Supliquemos esta continua experiencia -especialmente en la oración, en su Palabra, en los Sacramentos- para ser, verdaderamente, testigos suyos en nuestra tarea de enseñar, testigos como decía S. Juan Evangelista: “lo que hemos visto, lo que nuestras manos han tocado, de eso os hablamos”. Sea así nuestro magisterio, nuestra enseñanza; de testigos.

Anunciemos a nuestros alumnos, en tiempos de tantas necesidades –para que contar como está la situación de ellos y de todos- que Dios es amor, bondad total, misericordia. Y que nuestro vivirle a Él nos cambie el corazón y la vida, y nos haga un poco más cada día como Él: como reza el lema de este Año Jubilar: “misericordiosos como el Padre”.

Recemos por vosotros, por vuestra tarea, necesaria y preciosa. Estad contentos por la misión que el Señor, en su Iglesia, os confía por medio del Obispo. Sed felices, sed fieles. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante